

del tiempo á considerar cómo debes proceder conforme á estas reglas de conducta, y forma el plan de la que debes observar aquel dia en el mismo ejercicio de la oracion.

.....

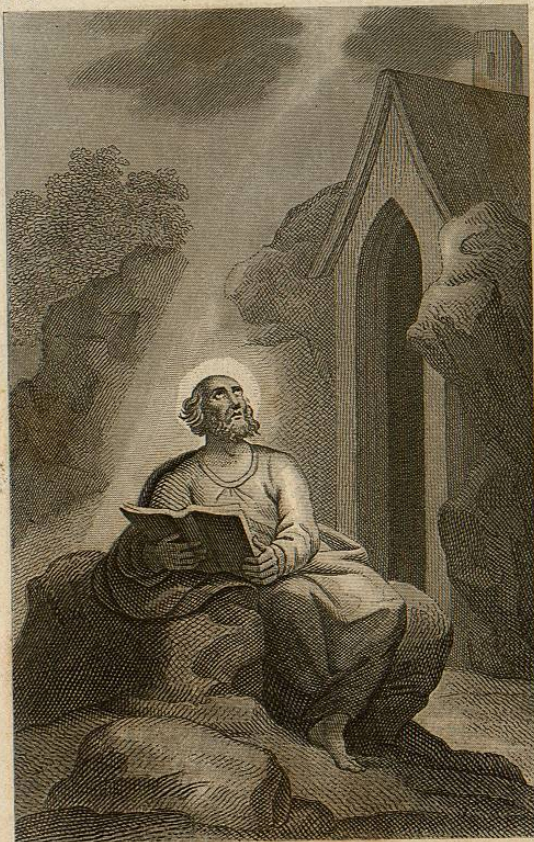
## DIA TREINTA.

### SAN JUAN CLÍMACO, ABAD.

San Juan Clímaco, llamado así por el excelente libro que compuso, y que intituló *Escala del cielo, ó de la perfeccion*, era, según se conjetura, de un lugar de Palestina. Nació en tiempo del emperador Justiniano I, hácia el año de 525; y si los grandes conocimientos que tuvo de las lenguas, de las artes y de las bellas letras, acreditan su buena educacion, esta misma educacion es testimonio de su noble nacimiento.

La gran fama que desde jóven le adquirió su rara sabiduría, le mereció el título de *Escolástico*; nombre que en aquel tiempo solo se daba á los que, dotados de un bello ingenio, acompañaban esta prenda de mucha elocuencia, de grande lectura de los antiguos, y de un profundo estudio en todas las ciencias. Pero nuestro Juan habia nacido para gloria mas sólida. Tentáronle muy poco todas las floridas carreras, todas las halagüeñas esperanzas con que el mundo le brindaba. A los diez y seis años de su edad las renunció todas; y siguiendo las impresiones de la gracia, dedicó todo su estudio á la importante ciencia de la salvacion.

Resuelto á dejar el mundo, se retiró al monte Sinái bajo la disciplina de un venerable anciano, llamado Martirio, quien hallando en el nuevo discípulo toda la docilidad de un niño con toda la simplicidad de una



S. JUAN CLIMACO, ABAD.

alma inocente y pura, en poco tiempo le hizo adelantar mucho en el camino de la perfeccion, y en menos de cuatro años sacó uno de los mas hábiles maestros de la vida espiritual.

A la verdad, nuestro Juan no omitia cosa alguna de cuantas podian contribuir á facilitarle tan admirables progresos. Era en extremo humilde. Siendo tan hábil en muchas facultades, y mas sabio de lo que correspondia á su edad, apenas abrazó la vida monástica, cuando pareció no tener ni aun tintura de las letras. No solo dejó el mundo, sino que le olvidó. Era tan perfecto su rendimiento, y su obediencia tan ciega como si no tuviera propia voluntad. Desde el primer dia sujetó tanto sus sentidos, y adquirió tanto dominio sobre sus pasiones, que parecia haber entrado ya perfecto en la religion.

Cuatro años empleó en instruirse, ó por mejor decir, en perfeccionarse en el ejercicio de las mayores virtudes. Muerto su santo maestro, quiso consagrarse á Dios mas perfectamente por medio de la profesion religiosa, cuyo sacrificio hizo con tan extraordinario fervor, que el abad Estratego, monje de gran virtud, que se halló presente, exclamó como con espíritu profético : *Estoy viendo que Juan ha de ser con el tiempo una antorcha resplandeciente en el mundo.*

Instruido ya plenamente el recién profeso en las obligaciones de su estado, solo pensó en desempeñarlas con la mayor perfeccion. Aunque el abad del monte Sinai era como el archimandrita, ó el patriarca de todos los monjes que poblaban los desiertos de Arabia, y aunque habia un monasterio sobre la misma cima del monte, la mayor parte de los monjes vivian en celdillas, ó en ermitas separadas, de manera que todo el monte, hablando en propiedad, no era sino un monasterio. Luego que nuestro Juan hizo la profesion, se retiró á una ermita llamada Tole, sita al pié

de la montaña, á dos leguas de la iglesia que en honor de la santísima Virgen habia hecho edificar el emperador Justiniano, para comodidad de todos los monjes que vivian esparcidos entre las rocas y asperezas del Sinaí. En esta ermita vivió Juan por espacio de cuarenta años, con tan ejemplar retiro, y tan entregado á los santos ejercicios de una rigurosa penitencia, que no era llamado por otro nombre sino por el del ángel del desierto.

No le dejó tranquilo mucho tiempo el enemigo de la salvacion. Apenas se vió en su retiro, cuando se sintió asaltado de las tentaciones mas violentas y mas peligrosas. Brotaron como de repente, y le dieron mucho que sufrir varias pasiones hasta entonces desconocidas al santo mancebo. Amotináronse todas; pero Juan, lleno de confianza en Jesucristo, y recurriendo á la oracion, al ayuno, á las penitencias, y sobre todo á la frecuencia de sacramentos, halló siempre auxilios poderosos que le sacaron victorioso de tan molesta como continuada guerra. Manteniase siempre sereno en medio de la tempestad, porque jamás perdia al cielo de vista; sirviéndole las tentaciones para que brillase mas su virtud, y se purificase mas y mas su corazon.

Conociendo bien la destreza con que el espíritu de vanidad sabe insinuarse hasta por las espinas de la penitencia, huía con el mayor cuidado de todo cuanto podia tener visos de singularidad. Comia indiferentemente, sin escrúpulo ni melindre, de todos los manjares que le permitia su profesion; pero en tan corta cantidad, que no se sabia cómo podia mantenerse. El sueño era correspondiente al alimento; pero su íntima y continua union con Dios, la pureza de intencion, y el encendido amor de Dios en que se abrasaba su pecho, todo esto daba tal precio á las acciones mas comunes de nuestro solitario, que no debemos

admirarnos de que en tan poco tiempo hubiese ascendido á tan eminente grado de santidad.

Elevóle Dios al estado de oracion continua; y bien puede decirse que hizo el santo su propio retrato en la idea que nos dió de esta gracia. *Esta oracion*, dice en su libro de la Escala santa, *consiste en tener uno á Dios por objeto y por regla en todos sus ejercicios, en todos sus pensamientos, en todas sus palabras, en todos sus movimientos, en todos sus pasos; en no hacer cosa que no sea con fervor interior, y en el concepto de que está Dios presente.*

Este sublime don de oracion le infundió aquel grande amor que profesaba á la soledad. La íntima comunicacion con Dios le hacia intolerable el trato con los hombres. Viósele muchas veces arrebatado de la tierra por medio de sobrenaturales operaciones de la gracia; y en estos éxtasis, le comunicaba el Señor anticipadamente en esta vida los gustos y las delicias del cielo.

Aunque se dedicaba mucho á la leccion de la sagrada escritura y de los santos padres, se puede decir que en la contemplacion de las cosas divinas y de los misterios de la Religion era donde principalmente habia aquellas superiores luces que le merecieron ser considerado, no como un mero contemplativo, sino como un gran doctor, como un padre de la Iglesia, y una de las mas brillantes lumbreras de su siglo. Pero hizo su humildad que esta antorcha estuviese cuarenta años debajo del celemin, y como escondida en su celda.

Sin embargo no se pudo resistir á encargarse de la enseñanza de un jóven solitario llamado Moisés, que á fin de merecer esta caridad, habia empeñado á todos los padres ancianos del desierto. Aprovechóse bien el discípulo de la habilidad del maestro, y le valió mucho el gran poder que este tenia con Dios; por-

que, habiéndose quedado dormido á pocos dias debajo de un enorme peñasco, oyó entre sueños la voz de su maestro que le llamaba; despertó Moisés, salió prontamente de aquella concavidad, y apenas habia salido cuando se desgajó el peñasco. Otro solitario; por nombre Isaac, le declaró las molestas tentaciones de la carne que le tenian casi acabado, y al instante quedó libre de ellas por las oraciones de nuestro santo.

Cuarenta años habia que vivia en el desierto mas como ángel que como hombre, cuando el Señor le sacó de la oscuridad de su ermita para hacerle superior general y padre de los monjes del Sinai, con el nombre de abad. Costóle mucho rendirse, no siendo este el menor de los sacrificios que hizo á Dios en su vida. Aunque su fama estaba bien acreditada, con todo eso le admiraron mucho mas cuando le trataron mas de cerca. Ganó los corazones de todos con su blandura y con su humildad. Su gran caridad, aun con los extraños, no pocas veces la acreditaba el cielo con singulares maravillas. Concurrieron á él los pueblos de Palestina para que con sus oraciones alcanzase del cielo el agua de que necesitaban los campos, y al punto los vieron abundantemente regados de una copiosísima lluvia. No se encerraba dentro de las provincias de Oriente la fama de su santidad. San Gregorio el Magno le escribió para encomendarse á sus oraciones, y le envió algunos muebles para el hospital que habian fabricado á la falda del monte Sinai.

A ruegos de Juan, abad de Raite, su íntimo amigo, compuso nuestro santo el admirable libro de la *Escala del cielo*, dividida en treinta grados ó escalones, que contienen todos los progresos de la vida espiritual, desde la primera conversion hasta la perfeccion mas elevada. Desde luego se juzgó que esta

obra era superior á la inteligencia del comun de los hombres á causa de cierto carácter de sublimidad al alcance de pocas personas; pero se halla en ella un fondo de espiritualidad lleno y sólido, que es de gran provecho, y que agrada. El estilo es conciso y figurado, y contentándose con exponer la doctrina en ideas sucintas, habla casi siempre por sentencias.

Tratando de la obediencia, refiere admirables ejemplos que observó en un monasterio de Egipto, donde unos venerables ancianos obedecian con la sencillez de niños, y donde se contaban trescientos y treinta monjes que solo tenian una alma y un corazón. A pocos pasos de este monasterio habia otro que se llamaba *la Cárcel*, donde se encerraban voluntariamente los que despues de la profesion habian caido en alguna culpa grave. Las asombrosas penitencias que refiere el santo de aquellos hombres verdaderamente arrepentidos, no se pueden leer sin lágrimas.

A esta obra añadió san Juan Climaco un tratadillo, que se intitula *Carta al Pastor*; y este pastor es el mismo bienaventurado Juan de Raite á quien dirigió su *Escala del cielo*.

Pero era tan grande el amor que profesaba á la soledad, que continuamente estaba suspirando por su apetecida ermita; y así al cabo de cuatro años renunció el oficio de superior, sin ser bastantes á hacerle mudar de resolucion los ruegos ni las lágrimas de sus súbditos, que solo tuvieron el consuelo de lograr por superior en el empleo á Jorge, hermano mayor de nuestro santo.

Sobrevivió poco tiempo á la renuncia. Restituido á su amado retiro, era toda su ocupacion pensar en aquel dichosísimo momento que habia de unirle indisolublemente con su Dios. Dispúsose para él con extraordinario fervor, y colmado de virtudes y merecimientos murió el dia 30 de marzo de 605, casi

á los ochenta de su edad, habiendo pasado sesenta y cuatro en el desierto. Cuando estaba para espirar, se acercó á él su hermano el nuevo abad, y deshaciéndose en lágrimas, le rogó que le alcanzase de Dios no le dejase por mucho tiempo en este mundo. *Serás oído*, le respondió Juan, *y morirás antes que se acabe el año*; como sucedió diez meses despues.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Apia, la pasion de san Quirino, tribuno, el cual fué bautizado con toda su familia por el papa san Alejandro á quien tenia en su custodia; y habiendo sido entregado al juez Aureliano en tiempo del emperador Adriano, como permaneciese firme en la confesion de la fe, despues de haberle cortado la lengua, las manos y los piés, y haberle puesto en el potro, por último, habiéndole degollado, llegó á la corona del martirio.

En Tesalónica, los santos Domnino, Victor y sus compañeros, mártires.

En Constantinopla, la memoria de varios santos Mártires de la comunión católica, á quienes el herejarca Macedonio hizo dar muerte, en tiempo del emperador Constancio, con suplicios hasta entonces inauditos; pues, entre otras atrocidades, mandó rasgar los pechos á mujeres cristianas, apretándoseles debajo de tapas de cofres, y quemárselos despues con hierros hechos ascua.

En Senlis, san Rieul, obispo de Arles.

En Orleans, san Pastor, obispo.

En Siracusa, san Zozimo, obispo y confesor.

En el monte Sinai, san Juan Climaco, abad.

En Aquino, san Clíne, confesor.

*La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo es la que sigue :*

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Joannis abbatis commendet : ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Suplicámoos, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad Juan nos haga recomendables á vuestra divina Majestad, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesu-cristo.

*La epistola es del cap. 66 del profeta Isaias.*

Qui recordatur thuris, quasi qui benedicat idolo. Hæc omnia elegerunt in viis suis, et in abominationibus suis anima eorum delectata est. Unde et ego eligam illusiones eorum : et quæ timebant, adducam eis : Quia vocavi et non erat qui responderet : locutus sum, et non audierunt : feceruntque malum in oculis meis, et quæ nolui elegerunt.

El que se acuerda del incienso, es como si bendijese al ídolo. Todas estas cosas eligieron en sus caminos, y su alma se deleitó en sus abominaciones. Por tanto tambien yo imitaré sus ilusiones, y enviaré sobre ellos las cosas que temian : Porque llamé y no hubo quien respondiese : hablé, y no dieron oídos : é hicieron el mal en mi presencia, y quisieron lo que yo no queria.

## NOTA.

« El profeta Isaiás, dice san Jerónimo, no solamente me parece gran profeta, sino que le considero como apóstol, y aun como evangelista (1); porque habla de los sucesos de Cristo y del evangelio con tanta claridad, con tanta precision, que mas parece historiador de lo pasado, que profeta de lo futuro. »

(1) Hieron. Præfat. in Isai.

## REFLEXIONES.

*In abominationibus suis animam eorum delectata est.*  
Nunca está sano el espíritu cuando está corrompido el corazón. La enfermedad de entrambos se comunica al entendimiento, y apágase la fe en un alma embrutecida. ¿Qué digno de compasión es aquel en quien solo reina la pasión! ¿qué ciego el que no tiene mas luz que la que esta le comunica!

Realmente no todos los errores son del entendimiento; tambien el corazón padece sus descaminos. Enfermedades son sus ilusiones; pocas dejan de ser incurables, ninguna deja de ser voluntaria, y sus consecuencias siempre son peligrosas. Nunca para el precipicio en la mitad cuando el que se despeña se precipita por inclinación.

Es el amor propio fecundo manantial de estas ilusiones. Jamás se miran con desconfianza, porque siempre lisonjean. Apenas reinan en el alma, cuando la razón pierde su libertad. Entendimiento, genio, educación, juicio, todo cede á su impresión, todo se rinde á su impulso. No progresan las pasiones ni hacen estragos sino por ir encubiertas en la niebla que esas ilusiones causan. Los errores del mismo entendimiento no tienen otro principio; es preciso curar primero el corazón para cegar el manantial mas ordinario de las preocupaciones y de las ilusiones del entendimiento. Pocos hay que estén exentos de esos prestigios de la voluntad; y aun son menos los que se defienden de ellos. ¿Qué condición hay tan feliz, qué estado tan perfecto, que esté á cubierto de estos errores? Los grandes nacen por lo comun con ciertas preocupaciones á favor suyo, de que rara vez se curan perfectamente. El pueblo se ceba con todo lo que le lisonjea. La verdadera región de las ilusiones del corazón es el mundo; pocos mundanos hay que no estén

preocupados de ellas, ¿y qué tiránico imperio no ejercen sobre un entendimiento que hace de ellas la regla de su devoción, de su religión y de su conducta! Son testigos los Judíos de las maravillas que obra el Salvador para convencerlos de que es el Mesías prometido. Verifica visiblemente hasta las menores circunstancias de lo que vaticinaron los profetas. Leen estas profecías, ven aquellos milagros, y no quieren creer: porque su incredulidad mas procede del corazón que del entendimiento. ¿De qué otro principio nacen la obstinación de los pecadores y la terquedad de los herejes?

Insaciabilidad de ambición y codicia, encaprichamiento de partido, enconos inagotables, odios eternos, hipocresía de profesión: todo esto es el efecto ordinario de las ilusiones del corazón. No hay vicio que no acaricien; pocos que no hagan plausibles luego que ellas los adoptan; y aquella artificiosa seguridad en la que viven muchas personas cuya conciencia tenía sobrados motivos para estar inquieta y sobresaltada, es el fruto mas natural de estas voluntarias ilusiones. No solo se hace costumbre, sino que se hace diversion de la maldad, como dice el Profeta.  
*In abominationibus suis anima eorum delectata est:*  
Forma su alma sus delicias de sus abominaciones, Entonces llama Dios, y nadie le responde; habla, y no hay quien le atienda: *Locutus sum, et non audierunt.*  
No hay cosa que meta tanto ruido para que no se oiga la voz de Dios como las ilusiones del corazón.

*El evangelio es del cap. 27 de san Mateo.*

*Ecce velum templi scissum* Hé aquí que el velo del templo se rasgó en dos partes de  
*est in duas partes á summo usque deorsum, et terra mota* arriba abajo, y la tierra tembló, y las piedras se despedazaron. Y se abrieron los se-

multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt. Exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem, et apparuerunt multis. Centurionem autem, et qui cum eo erant, custodientes Jesum, viso terræ motu, et his quæ fiebant, timuerunt valde, dicentes: Verè filius Dei erat iste.

puleros, y muchos cuerpos de los santos que habian muerto resucitaron. Y saliendo de los sepulcros despues de la resurreccion (de Jesus), vinieron á la ciudad santa, y se aparecieron á muchos. El centurion, pues, y los que estaban con él guardando á Jesus, viendo el terremoto, y las cosas que sucedian, temieron mucho, y decian: Verdaderamente este era hijo de Dios.

## MEDITACION.

DE LA GLORIA DE CRISTO EN LAS IGNOMINIAS DE SU MUERTE.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que durante la vida mortal de Jesucristo, su divinidad solo se manifestó como por entre celajes; pero en su muerte, toda ella se hizo patente á nuestros ojos. El cielo, la tierra, sus mismos enemigos, las profecias que precedieron, la fe de los pueblos que se siguió, la misma fuerza de la razon, los prodigios, los milagros; todo nos predica su divinidad; todo demuestra invenciblemente su omnipotencia; todo nos obliga á admirar su sabiduría; todo concurre á su gloria; todo convence de su inocencia y santidad.

No habia cosa mas fácil para el Salvador que evitar la muerte: conocia muy bien la malignidad de los judíos, y penetraba sus perversas intenciones. *¿Quid me queritis interficere (1)?* ¿Porqué procurais por darme la muerte? Declaró á Judas su traicion. Con todo muere, y muere despues de haber dicho él mismo

(1) Joan. 7.

todas las circunstancias de su muerte; despues de haber hecho individual y menuda mencion de todo lo que habia de padecer; despues de haber notado que todo esto habia de suceder para que se cumpliese lo que estaba pronosticado por los profetas.

Muere Cristo: y todo cuanto aconteció en su pasion y en su muerte, todo es divino, todo maravilloso: la majestad, la gravedad, la dulzura de su semblante, que en todo y por todo le acompaña; aquel silencio tan distante de todo desden, de toda fiereza; la malignidad, la rabia de sus enemigos que no pueden acusarle sino de sus milagros, de sus beneficios, de su mansedumbre y de su paciencia.

Muere Cristo: ¿y cuántos prodigios acompañaron su muerte? y ¿qué mayor prodigio que su muerte misma? Eclipsase el sol sin que ningun cuerpo opaco nos le encubra; tiembla la tierra, rómpense los peñascos, y toda la naturaleza se estremece en el mismo instante en que espira este hombre Dios. No muere porque le falten las fuerzas; si fuera por eso, ya le hubiera quitado naturalmente la vida la mucha sangre que derramara; muere porque quiere, y cuando quiere; lo que no es propio sino de un hombre Dios, lo que acredita hasta en la misma muerte la soberania de Dios y la independencía.

Muere Cristo; y hace escala de la misma infamia para subir á la mas encumbrada gloria. En medio de la ignominia de la muerte hace visible su divinidad. Los judíos y gentiles, que no le reconocieran por hijo de Dios viéndole hacer milagros, exclaman al verle espirar que es el verdadero hijo de Dios: *Verè filius Dei erat iste*. Muere en una cruz, y desde ella dispone del reino de los cielos, y por ella triunfa del principe de este mundo, y con ella doma el orgullo del mismo mundo; y esta cruz la coloca sobre las ruinas de la idolatría y de la infidelidad. No se pretende